

IV. RESEÑAS



¿Qué quiere una mujer?

POR BELÉN DEL ROCÍO MORENO

Serge André, *¿Que quiere una mujer?*, Siglo XXI Editores, México 2002, 287 páginas.

Este libro es la presentación abreviada del seminario que Serge André dictó en Bruselas durante el año académico 1982-1983. El autor retoma la pregunta que en la misma vía Freud formulara al final de su obra; hay, sin embargo, una distinción, pues André ya no se pregunta, como Freud, “¿qué quiere *la* mujer?”, sino “¿qué quiere *una* mujer?”. En este sentido, desde el título, el autor indica que el camino de las generalizaciones no parece ser el que rinda mayores frutos cuando de la sexualidad femenina se trata. Tal objeción a las explicaciones totalizadoras retoma, desde luego, el “no-todo” de las fórmulas lacanianas de la sexuación. La referencia a la obra de Lacan es, entonces, el eje articulador del recorrido presentado por André. De este modo la interesante lectura que avanza sobre la obra de Freud es a la vez un esclarecimiento hecho posible con las categorías lacanianas. De manera semejante, las propuestas que André elabora de cuño propio sacan el mejor partido de dichas referencias.

El punto germinal de esta indagación es el encuentro de Freud con las histéricas. El asunto parte, entonces, del memorable sueño de la inyección de Irma. Allí, ante la boca abierta de su enferma, Freud, animado por un deseo de saber, no menos que presa del horror, se dispone a registrar qué ocurre cuando, literalmente, “la histérica abre la boca”. Según la tesis del autor,

esa primera estación en el recorrido de Freud es un encuentro con lo real, en virtud de los efectos de horror y de mutismo que desencadena. Ese real quedará cubierto en la obra freudiana por toda una estrategia simbólica cuyos articuladores mayores en la teoría son el complejo de Edipo y de castración. De boca de las histéricas Freud escucha una y otra vez la referencia a un padre enfermo, disminuido, impotente; lo que así queda denunciado es la falla estructural del padre para brindar a la hija otro referente distinto al fálico en el camino que ella ha de recorrer para convertirse en mujer. La particularidad de la histérica es que se empeña en reivindicar y restaurar la referencia fálica que advierte desfalleciente, al precio de encontrar así una identidad que, sin embargo, la extravía de su feminidad.

A partir de allí, el autor sitúa en qué consiste la sin salida freudiana respecto de la sexualidad femenina. Hay que recordar que Freud hablaba de la envidia del pene como el modo de manifestación del complejo de castración en la niña. Así que el impasse teórico era cómo dar cuenta de lo femenino a partir de la pura envidia fálica en la que quedaba enganchada la niña. Freud plantea que para devenir mujer, la niña tendría que operar una serie de sustituciones: sustituir en primer término (y en busca del falo que no tiene) a la madre por el padre; encontrar en el hijo un sucedáneo del falo ausente; sustituir también el goce clitoridiano por el goce vaginal. En relación con todas esas sustituciones, André alberga la justa sospecha de que parecen menos sustituciones

metafóricas que desplazamientos metonímicos e incluso desdoblamiento que anuncian entonces la división que una mujer puede experimentar respecto de su condición femenina.

Una vez señaladas las sin salidas de la obra freudiana, André estudia las elaboraciones de Lacan, especialmente las consignadas en el seminario XX; al tiempo indica cómo la obra del psicoanalista francés es en realidad una continuación de la obra del fundador. Así, el axioma lacaniano “no hay relación sexual” se revela freudiano en su fundamento. En efecto, no fue otra cosa la que Freud encontró cuando mostró que la diferencia sexual anatómica no quedaba significada en lo inconsciente como dos sexos, sino que era traducida en la oposición fálico-castrado, de donde es posible derivar que, en el Otro, no hay significante del sexo femenino. Así es como el régimen unisexuado del falo hace imposible escribir la relación sexual. Ahora bien, el desplazamiento que realiza Lacan respecto de la obra freudiana consiste en ocuparse no tanto de la identidad en falta en una mujer como de los efectos de división que a nivel del goce engendra la primacía fálica. Aquí la diferencia entre el goce fálico y el goce Otro es planteada en términos de implicación, esto es, que el goce fálico en tanto parcial y limitado conlleva de manera ineludible la idea de un más allá, de un plus, de un suplemento. André sitúa entonces al famoso goce Otro, con el que el hombre tiene relaciones tan difíciles, en el registro de la creencia, efecto radical del significante fálico y del límite que instaura.

Al final de su amplio recorrido, el autor retoma la pregunta que da nombre a su libro. De modo que lo que quiere una mujer es algo que llegue al lugar donde se revela la ausencia de un significante para el sexo femenino, un punto de apoyo allí donde ella no se siente al abrigo del significante. Ante ese agujero en el Otro surgen las más diversas estrategias: la vía histérica que huye de lo irrepresentable del sexo femenino y se empecina en la identificación fálica; el artilugio de la mascarada que es mera imaginización del no-todo en la inscripción fálica; el vínculo amoroso en el que hallan sustento muchas mujeres, habida cuenta de que en este terreno se dan cita dos sujetos; finalmente, el artificio de la creación que aspira a la producción

de un significante nuevo. Esos diversos caminos evocan aquellos otros a los que Freud había hecho referencia cuando exponía las alternativas respecto de la envidia del pene: la inhibición sexual, el complejo de masculinidad, y la maternidad, situada esta última como la orientación normal de la feminidad. La diferencia radica en que para Lacan la encrucijada femenina es la de un ser que si bien se sujeta al Edipo y a la castración, no-toda está allí. La inclusión de la negación del cuantificador universal respecto de la inscripción fálica revela entonces formas inéditas de tramitación que habían sido omitidas en la elaboración freudiana. Quizá de esa variedad de respuestas, legibles en una y otra obra, pueda derivarse también el otro axioma lacaniano que ha hecho correr tanta tinta: “La mujer no existe”.

El prefacio que escribe André, en 1994, nos anuncia de la manera más condensada una respuesta a la pregunta ¿qué quiere una mujer?: “Por enigmática que sea, la respuesta no es otra cosa que la constatación de la eterna virginidad de la mujer. Virginidad que nada tiene que ver con la existencia de la membrana anatómica del himen. Se trata más bien de un velo inmaterial, pero no irreal, en la medida en que se interpone entre la mujer y ella misma, entre su identidad y su cuerpo, entre la palabra de donde deriva su deseo y el silencio donde perpetúa su goce”.

Belén del Rocío Moreno

bdmorenoc@unal.edu.co

Profesora Asociada

Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura

Universidad Nacional de Colombia